

Centros Históricos de América Latina y el Caribe

Fernando Carrión, editor



© 2001

UNESCO

7, place de Fontenoy
F 75352 París 07 SP
Tel. internacional: 33.1.45.68.10.00
Fax internacional: 33.1.45.67.16.90
Telex: 204461 París
270602 París

Banco Interamericano de Desarrollo

1300 New York Ave., N.W.
Washington, D.C. 20577
Estados Unidos de América
E-mail: idb-books@iadb.org
www.iadb.org

Ministerio de Cultura y Comunicación de Francia

3, rue Valois
75042 París cedex 01
Tel : 33 (0)1 40 15 80 00

FLACSO, Sede Ecuador

Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 232030
Fax: (593-2) 566139

ISBN- 9978-67-059-9

Coordinación editorial:

Alicia Torres

Cuidado de la edición:

Alicia Torres

Corrección de textos:

Ana María Jalil, Edmundo Guerra, Jesús Pérez de Ciriza

Diseño gráfico:

Antonio Mena

Detalle fotográfico al inicio de cada artículo:

Sylvio Mutal

Quito, Ecuador, 2001

LAS IDEAS, AFIRMACIONES Y OPINIONES EXPRESADAS EN ESTA PUBLICACION SON RESPONSABILIDAD EXCLUSIVA DE SUS AUTORES Y NO SON NECESARIAMENTE LAS DE LAS ORGANIZACIONES QUE LA AUSPICIAN NI DE SUS ESTADOS MIEMBROS.

Índice

Presentación

Presentación 7

Prólogo 9

Organismos internacionales e instrumentos jurídicos
para la preservación de los centros históricos 11
Mounir Bouchenaki

Financiando la conservación del patrimonio urbano en América Latina y el Caribe:
la acción del Banco Interamericano de Desarrollo 15
Eduardo Rojas

El programa Sirchal de seminario-talleres sobre la revitalización
de centros históricos de ciudades de América Latina y el Caribe 23
Leo Orellana

Estudio indtrodutorio

Medio siglo en camino al tercer milenio:
los centros históricos en América Latina 29
Fernando Carrión

Temas de estudio: Los casos

A. De la conservación monumental a la rehabilitación urbana

Del monumento aislado a la multidimensionalidad 95
Margarita Gutman

La dimensión cultural del patrimonio 107
Hernán Crespo-Toral

Ciudades y centros históricos de América Latina y el Caribe:
50 años de trayectoria (1950-1999) 113
Sylvio Mutal

El Centro Histórico de la Ciudad de México:
del rescate patrimonial al desarrollo integral 139
René Coulomb

El Centro Histórico de Montevideo	157
<i>Francisco Bonilla</i>	
El Centro Histórico de Salvador de Bahía: paisaje, espacio urbano y patrimonio	177
<i>Marcia Sant'Anna</i>	
B. Instituciones y actores en la rehabilitación de centros históricos	
El sector privado en la conservación del patrimonio urbano en América Latina y el Caribe: lecciones de tres experiencias	199
<i>Eduardo Rojas</i>	
El Centro Histórico de La Habana: un modelo de gestión pública	217
<i>Patricia Rodríguez Alomá</i>	
Revitalización del Centro Histórico de Recife: una experiencia de gestión con iniciativa privada	237
<i>Silvio Mendes Zancheti</i>	
El Centro Histórico de Quito: un modelo mixto de gestión	253
<i>Mónica Moreira Ortega</i>	
El Centro Histórico de Santiago: el modelo de una corporación en la gestión	275
<i>Gustavo Carrasco, Pablo Contrucci Lira</i>	
C. Los temas emergentes en la conservación de centros históricos	
La lenta construcción de modelos de intervención en centros históricos americanos	297
<i>Paulo Ormino de Azevedo</i>	
Memoria e identidad frente a la globalización	317
<i>Elena Cattarini-Léger</i>	
Centro histórico y actores sociales. Sustentabilidad versus imaginarios	329
<i>Ciro Caraballo Perichi</i>	
El espacio urbano en la recuperación del Centro Histórico de Lima	347
<i>Patricia Dias Velarde</i>	
Anexos	
Referencia de autores	365
Bibliografía	371
Glosario Sirchal: términos y conceptos relativos a la revitalización de centros históricos	379
<i>Mónica Boyer</i>	



Centro histórico y actores sociales. Sustentabilidad versus imaginarios

Ciro Caraballo Perichi

Desarrollar el tema de la sustentabilidad de los centros históricos y su relación con los actores sociales que participan en ellos en una ponencia de unas cinco mil palabras, es una propuesta tan audaz como intentar conservar dichos reductos de historia en el complejo y conflictivo contexto social y económico de la región. Sin embargo, los retos siempre han sido divertidos, aun aquel como el de lanzarse en *bungee* por un precipicio, poniendo toda esperanza de salvación en una cuerda que lo mantenga atado a la vida. Desde ya podemos decir que en el tema de los centros históricos en América Latina y su conservación no hay cuerda segura (o lo mismo, no hay receta que valga), por lo que todo aquel planificador, economista, urbanista, sociólogo, arquitecto o etcétera que pretenda intervenir en un contexto con valor patrimonial, debe diseñar y construir su propia cuerda, vale decir una respuesta única y específica para cada situación.

Iniciemos el tema comentando brevemente el contradictorio paradigma de la conservación de un bien cultural, entendiéndolo no solo con relación a

su soporte material, sino también en su complejo y cambiante sentido social. El ser humano tiene una alta dependencia en la materialidad del objeto como verificación de un hecho del pasado, recurriendo regularmente al valor testimonial presente en el bien cultural original para afirmar o negar un hecho cultural. Una situación que la virtualidad no ha llegado todavía a sustituir. Por ello, constantemente invertimos una enorme cantidad de dinero, diseñamos métodos, técnicas y materiales que se oponen a la dinámica propia de la naturaleza, que es la de deteriorar el soporte material del objeto y transformarlo lentamente en componentes más sencillos, molecularmente más estables y, por supuesto, físicamente irreconciliables con el objeto original.

Cuando se trata de un bien mueble, el extrañamiento de la vida social del mismo permite dar inicio al proceso de conservación. Tratamos de evitar lo inevitable encerrándolo en un ambiente controlado, que normalmente llamamos museo. Lo desinfectamos, lo guardamos en gavetas oscuras, lo cubrimos con papel libre de ácido e impedimos que se manipule, excepto por los sacerdotes del templo



Ciro Caraballo

Vendedores informales en la Plaza de San Francisco, Quito

(léase curadores y conservadores), o en momentos sacros (léase exposiciones). A pesar de ello, los colores desaparecerán lentamente, su materia se volverá suave o quebradiza, mientras es atacada por la humedad y los microorganismos. Poco a poco dejará de ser lo que fue, o lo que siempre quisimos que fuera.

El patrimonio edificado, por su parte, debido a su carácter inmueble, no goza del privilegio del confinamiento ambiental y del extrañamiento social. El sol, con sus infrarrojos y ultravioletas, así como la lluvia y el viento, continuarán actuando diariamente y acelerando las fisuras y humedades, facilitando así a las bacterias, hongos, termites de tierra y otras alimañas, deglutir nuestro ornamento pretérito. Todo ello sin contar con inundaciones, volcanes, ciclones y terremotos que, demostrando la objetiva existencia de algún tipo de furia divina, se oponen

a nuestro antinatural deseo de preservar alguna sombra del pasado construido. A este pandemonio debe sumársele la presencia del hombre, con su adquirida costumbre sedentaria de habitar una y otra vez, generación tras generación, en el mismo lugar, obligando al antiguo entorno edificado –bajo amenaza de demolición– a adaptarse a nuevos requerimientos de infraestructura, de funciones e incluso de aspecto formal. A pesar de los continuos fracasos, nos resistimos a vivir sin el soporte material que avala la memoria y que, en muchos países, soporta incluso las ideas de ‘nacionalidad’ o de ‘patria’, por lo que el tema de la conservación del patrimonio edificado continuará, durante mucho tiempo, en el tapete, quizás hasta que seamos capaces de lograr que la creciente virtualidad de la vida lo sustituya. Eso no será a corto plazo, pues hemos descubierto que este irracional deseo de la humanidad por tener el privilegio de estar en contacto con

'el objeto original' puede ser altamente rentable para algunos sectores económicos, tales como el turismo y las industrias culturales.

Más complejo aún que todo lo anterior es la conservación de los valores patrimoniales intangibles, aquellos que se transmiten con la herencia social cotidiana, y que difícilmente podemos conservar archivándolos en algunos videos, registros sonoros y colecciones de objetos etnográficos. Visiones de mundo que cambian y se transforman a velocidades impensables apenas una generación atrás, sujetas a los empujes de la globalización, del imperio de las imágenes televisivas y de los nuevos paradigmas de comportamiento social.

No es extraño entonces que comencemos este texto poniendo en duda cualquier propuesta que establezca canales y métodos claros, precisos, medibles y aplicables para la sustentabilidad social de los centros históricos latinoamericanos.

Cualquier especialista que se enfrente hoy a un proyecto de revitalización y sustentabilidad de un centro urbano con valor patrimonial, debe asegurar la más amplia transdisciplinarianidad del equipo de trabajo, que le permita interactuar con este complejo entorno. Más allá de un respetable bagaje profesional en varias disciplinas socio-urbanas y de haber discutido en algún foro sobre las contradictorias teorías del desarrollo, el personaje deberá pasearse, una y otra vez, a lo largo y ancho de los mugrosos muros que bordean su área urbana de actuación, aprovechando cada vuelta para sentarse a conversar en las plazas, en los cafés, en los templos y tratar de comprender los intereses de habitantes y usuarios, que generalmente serán completamente opuestos a todo el imaginario preconstruido por el especialis-

ta. Solo a partir de allí podrá comenzar el largo y zigzagueante proceso de traducir las ideas y teorías en un proyecto cuya estructura aguante con firmeza la compleja y cambiante realidad social presente en este espacio urbano, más fuerte y enigmática aún que los vetustos muros que se pretende revitalizar. El proyecto tiene la emoción de la ruleta, su resultado final siempre es algo sorpresivo e impredecible. Por supuesto, luego del traumático y no siempre feliz proceso, el especialista deberá sentarse de nuevo a teorizar y tratar de poner en blanco y negro, con un matiz objetivo, la experiencia vivida, a fin de que ésta sea un aporte más que permita a los técnicos comprender algo de ese complejo y deslumbrante caleidoscopio que es un centro histórico socialmente vivo.

No podemos dejar de apuntar que el concepto de 'centro histórico' no es algo inmutable. Éste ha dejado de ser el objeto único, sagrado, momificado y segregado, generado por una interpretación sectariamente historicista, a ser un componente del complejo concepto de ciudad metropolitana, cuando no parte del mundo global. Hoy hablamos de la multiplicidad de los sectores históricos en una ciudad y no de un 'centro histórico'; de su indispensable vitalidad social, de su sentido económico, así como de la necesidad de generar un multidiscurso interpretativo. En esta oportunidad enfocaremos la reflexión sobre los centros históricos que forman parte de las grandes metrópolis capitalinas o importantes cabeceras regionales. Los espacios protegidos de pequeñas o medianas ciudades provinciales presentan problemas que difieren sustancialmente de las primeras y deberían ser sujeto de un análisis especial.

Si bien podríamos afirmar que el deterioro físico de los inmuebles patrimoniales que conforman estos

espacios ha sido en la última década sujeto de importantes acciones de recuperación, menos palpable es el cambio en los procesos de deterioro social, situación que en último caso será la que determine la sustentabilidad de estos espacios. Dentro de estos parámetros, revisemos algunos de los conflictos sociales presentes en el tablero, a fin de tratar de comprender la complejidad de cualquier proceso de sustentación social de estos espacios urbanos con el calificativo de ‘históricos’.

El centro histórico como icono representativo del poder

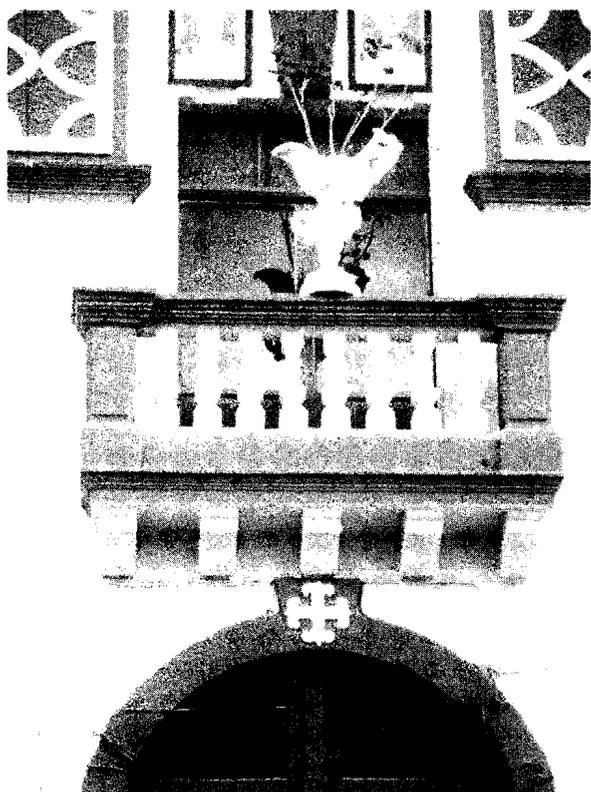
Los conflictos sociales en Latinoamérica tienden nuevamente a manifestarse violentamente, dada la continua polarización de las diferencias socioeconómicas y la puesta en cuestionamiento de la capacidad de la democracia representativa para resolverlos. El tradicional centro histórico es en buena parte de los casos –herencia reactivada de su concepción inicial– el escenario de estos conflictos sociales¹.

En un mundo orientado a la virtualidad de la realidad, los iconos edificados asumen cada vez más, en sí mismos, la representación de su contenido. Los

medios masivos y el Internet han convertido en poco tiempo al Museo Guggenheim de Bilbao en un novel destino de peregrinación de la cultura, independientemente de que las obras en su interior no merezcan más que algunas líneas en una revista de arte. El nuevo símbolo de la capital alemana no es otro que la nueva cúpula del antiguo Reichstag, símbolo de la reunificación y del poder del parlamento, y ya no más la Puerta de Brandemburgo, símbolo de la ruptura.

En América Latina, pocos son los iconos relacionados con el poder que están fuera del perímetro histórico de las capitales. La creciente distancia entre gobernante y gobernado, marcada por el malestar frente a la lejanía de un poder supuestamente representativo, lleva a que el espacio central de la antigua ciudad, tradicionalmente sede de los poderes públicos nacionales, provinciales o municipales, se convierta frecuentemente en el destino final de toda marcha o protesta civil, como en la Plaza de Mayo en Buenos Aires, la Plaza de Bolívar en Bogotá o de Caracas, o la Plaza de la Independencia en Quito. Centro del centro histórico, espacio de comunicación real entre el reclamo civil y la represión policial, salpicada por la quema de llantas, los gases lacrimógenos y algún herido de perdigones plásticos de última generación. La Plaza de Armas de Lima y el afrancesado Palacio de Gobierno del Perú, ambos parte del sitio inventariado en la lista de Patrimonio Mundial, nunca habían sido tan reseñados en la red televisiva mundial como en el último ciclo de conflictos laborales de ese país. Esta representatividad del espacio central es confirmada una vez más en México, cuando la crisis política de la Universidad Nacional Autónoma manifiesta su clímax mediante marchas al histórico Zócalo, ubicado a más de 30 Km. del campus universitario.

1 A este respecto cabe anotar esta tendencia dentro del actual proceso de globalización. V. Hoffmann-Martinot apunta: “Se asiste en este final de siglo XX a una profunda transformación de la democracia urbana marcada por el paso progresivo de sistemas impulsados y guiados por los dirigentes políticos a sistemas cada vez más orientados por las preferencias y la acción de los ciudadanos. Paradójicamente esto significa que la mayoría de los ciudadanos... nunca ha sentido tanto la frustración de no poder expresar o transmitir sus preferencias”. En C. Sachs-Jeantet. *Democracia y ciudadanía en la ciudad del siglo XX*. P. 11



Quito

Esta realidad se contrapone muchas veces con la imagen idealizada del centro histórico que se promueve ante propios y extraños. En América Latina, las postales no se parecen a la realidad.

Un conflicto entre los distintos actores del espectro público se presenta en la actual coyuntura de mayor poder municipal con respecto a las políticas y propuestas urbanas. El espacio central comienza a ser escenario de las tensiones entre el poder ejecutivo, de clara tendencia autoritaria en casi toda América Latina, y el municipio, espacio donde la participación ciudadana comienza a ganar terreno. Los actores públicos, buena parte de las veces de tendencias políticas opuestas, se enfrentan por ganar identidad en el espacio patrimonial. Mientras el municipio desarrolla para el centro histórico importantes planes estratégicos, propuestas de ornamentación, lim-

pieza y orden público, el Ejecutivo le disputa el protagonismo con el control legal de la intervención, así como los recursos disponibles para desarrollo de vivienda o seguridad, u obstaculiza la gestión de préstamos internacionales para la intervención en estos históricos espacios representativos. La lucha política vuelve a tener como arena el centro histórico, siendo quizá el caso más representativo en los últimos años el enfrentamiento entre el presidente Fujimori y el alcalde Andrade por las acciones en la llamada 'Lima Cuadrada'. En estos conflictos se alínean los técnicos, enfrentados ahora no solo por las diferencias conceptuales sobre la planificación e intervenciones patrimoniales, sino por las presiones de grupos políticos con intereses específicos.

La reciente creación de entidades de planificación multidisciplinarias y plurirepresentativas, tales como Prolima en el Perú, la Corporación Mariano de Talavera en Coro o el Patronato del Centro Histórico de la Ciudad de México, intentan gestar mecanismos de planificación de corte integral, de mediano y largo plazo, donde las decisiones políticas coyunturales o personalistas sean de alguna manera más controlables.

Para dar sustentabilidad a los proyectos de infraestructura, manejo de espacio público o la apropiación patrimonial, en estos espacios calificados se hace necesario cada vez más conocer la realidad política de los poderes públicos y su tendencia a corto y mediano plazo. Ya no basta con ser urbanista, restaurador o arquitecto paisajista para organizar los parterres de la plaza mayor; es necesario también seguir de cerca los avatares de la política, con su complejo e impreciso lenguaje.

Propietarios, arrendatarios y usuarios

Los 'centros históricos' son de los pocos espacios de la ciudad sobre los que casi todos sus habitantes se sienten en posición de opinar, asumiendo un cierto sentido de propiedad sobre ellos. Algunos apuestan por su modernización, otros por transformarlo en museo, pero, en casi todos los casos, se olvidan las complejas relaciones sociales que se desarrollan en su interior. Los de adentro (habitantes), buena parte de ellos migrantes recientes a la ciudad, desempleados o subempleados, son objeto de las cambiantes decisiones gubernamentales, con poca o nula participación en los planes y programas del espacio urbano. Sin embargo, siempre serán señalados como los causantes de todos los males que aquejan al sector (basura, inseguridad, deterioro). Los de afuera usan este espacio, usufructúan de su actividad económica y política, pero en términos generales siempre terminan calificándolo con una frase negativa: "Una lástima que tal tesoro esté en tan malas manos". Habría que retomar como base la sentencia de Jordi Borja en *Hábitat II*: "El civismo tiene bases materiales. No hay ciudadanía si hay desempleo, si no hay vivienda ni servicios"². Pásemos entonces a revisar el importante papel de algunos actores participantes: los propietarios de los inmuebles, los habitantes y los usuarios trashumantes de este sector de la ciudad.

Si de propietarios se trata...

Un actor social de gran importancia en los centros históricos está conformado por los propietarios de inmuebles; su participación activa en un proceso de sustentabilidad de los bienes culturales del entorno es fundamental. En los centros históricos latinoamericanos tres grupos deberían ser diferenciados, dada la marcada diferencia en el posible rango de acción e importancia en el proceso: los propietarios privados, el Estado y la Iglesia.

En primer lugar tenemos un proceso de abandono de la propiedad inmobiliaria privada por la pérdida de su rentabilidad, producida por las limitaciones establecidas en los planes de uso del centro histórico; por la falta de actualización de sus servicios, sumado a los complejos procesos de reparto de herencias, que deja buena parte de la propiedad inmobiliaria en un limbo legal. Ello se traduce en un acelerado proceso de deterioro material del inmueble, imposible de subsanar por parte de los inquilinos e incosteable por parte del propietario. La venta del mismo, en un mercado generalmente deprimido, se dificulta por los problemas legales de desocupación de arrendatarios y ocupantes, por la compleja y costosa actualización de documentos, lo que mantiene el proceso detenido. El municipio generalmente dispone de multas que castigan al propietario, lo que incide en el entramamiento del proceso más que en su solución. La expropiación es una espada de Damocles que nunca cae, pues no existen los recursos de las áreas públicas para asumir tan compleja carga. Romper este círculo vicioso es indispensable para asegurar la sostenibilidad del marco físico de tan preciado espacio urbano.

2 Borja, Jordi. *Democracia y ciudadanía en la ciudad del Siglo XXI*, p.24

Varias propuestas han surgido, todas con sus ventajas y limitaciones. Proceder a la adecuación de estos inmuebles para recuperar un adecuado porcentaje de vivienda digna es uno de ellos. Ello supone un proceso secuencial de compra de inmuebles, desocupación, rehabilitación y traspaso de propiedad a sus nuevos habitantes. Este modelo ha sido aplicado, de distinto modo, en los centros históricos de México, Quito y Lima, teniendo como problema el alto costo de la intervención en relación con el mercado que se atiende, la tendencia a la expulsión de la población ya establecida por su limitación económica, agravada por la rápida alza del precio del suelo, lo que pone en riesgo la continuidad del modelo. En México, se ha intentado cubrir la brecha económica con la transferencia de potencialidad del suelo, un mecanismo que ha funcionado en otros ámbitos urbanos, al igual que con exoneraciones de impuestos prediales y préstamos blandos para intervenciones³.

Indudablemente, hay que reconstruir los vínculos perdidos entre los estigmatizados propietarios y el centro histórico, haciéndolos parte de la solución, explorando distintas alternativas que permitan salidas económicas y socialmente viables. Habría que comenzar por convencer a la ciudadanía de asumir parte del costo de mantenimiento de estos inmuebles, ya que ellos fueron ‘congelados’ por el deseo de salvaguardar el testimonio de una memoria que todos reclaman como colectiva. Un mecanismo puede ser el de establecer un porcentaje de los impuestos urbanos con este fin, orientados a asegurar al menos la conservación de las cubiertas y fachadas,

que en último caso son disfrutadas por todos, apropiadas colectivamente en imágenes y ‘comercializadas’ en folletos turísticos y postales.

Otro de los grandes propietarios de inmuebles es el Estado, bien sea el gobierno central o el municipio. Buena parte de estos inmuebles han sido expropiados por su valor histórico, y por lo general están destinados a servir de improvisadas sedes educativas o, en su mayor parte, convertidos en lúgubres oficinas burocráticas, con poco presupuesto, y por lo tanto, limitadas en lo que se refiere a trabajos de conservación. Pocas veces se trabaja con el potencial presente en los propios empleados y usuarios de dichas edificaciones, como participantes activos en su conservación preventiva. Poca atención se ha dado a los procesos de apropiación y disfrute del centro histórico y de los monumentos, más allá de su uso como espacio de estudio o trabajo. Estos locales, permanentemente intervenidos para adecuarse a los continuos e improvisados cambios burocráticos, se caracterizan por ser verdaderas bombas de tiempo. Enjambres de cables eléctricos se acumulan entre olvidados cielos rasos, al tiempo que montañas de polvorientos archivos y muebles en desuso esperan la chispa fatal que dará inicio al luego tristemente lamentado desastre.

Buena parte de las veces las propias leyes que protegen los bienes públicos impiden desarrollar mecanismos de cogestión que permitan soluciones alternativas para el uso de estos inmuebles, mediante acuerdos de inversión conjunta con entes privados o entregándolos en comodato a grupos organizados de la sociedad civil.

Como claro reflejo del peso específico de la Iglesia Católica en la historia regional, su impresionante

3 Algunas de estas propuestas se comentan en el documento del Plan estratégico del Centro Histórico de la Ciudad de México.

legado cultural, material e intangible, es uno de los elementos que claramente caracterizan a muchos de los centros históricos latinoamericanos. Sin embargo, la realidad contemporánea apunta al deterioro acelerado de estos bienes. Los procesos de expropiación vividos por la Iglesia en la región en los últimos cien años, la pérdida de la relación con los grupos de poder y la disminución real de los aportes de los fieles hacen prácticamente imposible asegurar la protección y puesta en servicio público de este patrimonio. Las imágenes decadentes de muchos monumentos y edificios religiosos son parte importante del perfil contemporáneo de muchos de los centros históricos latinoamericanos.

Los enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado por la propiedad y el usufructo del bien crean permanentes tensiones entre estos actores. Las edificaciones y los objetos son, en principio, de uso público,

pero sin lugar a dudas de propiedad privada en casi todos los países. Estos bienes fueron concebidos como objetos de culto y por ello sujetos a las transformaciones que éste demanda. El Estado ve los bienes de la Iglesia como objetos culturales y, por lo tanto, establece un estricto control por parte de los organismos patrimoniales, fuente de conflictos que obstaculizan el desarrollo de acciones comunes. La Iglesia, por su parte, requiere de la participación del Estado para el mantenimiento y restauración de edificaciones y de los objetos religiosos, viéndose atrapada así en el dilema del propietario arruinado: tiene que vender el santo para salvar la limosna. No deja de ser importante la búsqueda de salidas novedosas al tradicional conflicto. La Iglesia Católica latinoamericana debe asumir un papel activo en el proceso de recuperación que esa herencia cultural juega en el nuevo proceso de evangelización, siguiendo las orientaciones papales contenidas en la



Procesión en Lima

Constitución Apostólica *Pastor Bonus* de 1988 y convertirse en líder del proceso de rescate del centro histórico, al identificar en ese pasado de memoria y tradición de culto una oportunidad más que una limitación. La Iglesia debe traducir ese rico patrimonio en fuente de trabajo para la población, mediante el rescate de tradiciones y técnicas. Al mismo tiempo, debe buscar mecanismos adecuados que le permitan lograr socios externos en el proceso de recuperación y rentabilidad adecuada de sus bienes, sin que ello genere conflictos de fe⁴. El Estado Vaticano ha sabido hacerlo muy eficazmente.

Día y noche en el centro histórico

Los centros históricos de la región se han caracterizado por un proceso continuo de despoblamiento, iniciado ya a finales del pasado siglo. El proceso de crecimiento de la ciudad, los nuevos modelos de habitación y la concentración en el centro de comercios y servicios públicos dieron lugar a un proceso que ya había dejado despoblada una buena parte del área para mediados de este siglo. Afortunadamente, las migraciones campo-ciudad impidieron que el proceso dejara completamente vacío el centro histórico. Primero se produjo la ocupación y posterior tugurización de lotes baldíos y marginales, pasando progresivamente a ocupar las edificaciones abandonadas por la burguesía y clase media. La existencia de transporte, servicios públi-

cos y un importante mercado es el atractivo. La presencia de bienes patrimoniales es, en sí mismo, una molestia para estos usuarios; se traduce en presiones y controles, sumado a continuas visitas de técnicos y funcionarios de la más variada pinta.

La población de la mayor parte de los centros históricos de la región está conformada por un importante segmento de trabajadores de ingresos medios y bajos, duplicada, en casi todos los casos, por un alto número de familias dependientes de la economía informal. A ellos se suman los migrantes temporales que, apoyados por los bajos costos de los infames alojamientos en el deteriorado patrimonio edificado del sector, ven allí una oportunidad para insertarse en el complejo y disputado espacio urbano.

Cerca del 30 por ciento de la población del centro histórico de la Ciudad de México puede ser calificado en el rubro de pobreza extrema⁵. En el caso de Quito, según el censo de 1990, el porcentaje de familias calificables en estado de pobreza era del 58 por ciento, mientras que el rango de pobreza extrema estaba en un 35.5 por ciento del total. Sin lugar a dudas, esos porcentajes se han incrementado en los últimos años⁶. Un porcentaje similar puede calcularse en el caso del área protegida de Lima, según se deduce de la alta tugurización de los Barrios Altos y las riberas del Rímac.

4 Para mayor amplitud de este tema se recomienda revisar la ponencia presentada por la Lic. Myriam Robles titulada 'La Iglesia Católica Latinoamericana ante el reto de gerenciar la riqueza de su patrimonio artístico y monumental'. Seminario Cultura y Gestión en Centros Históricos. FLACSO. Ecuador. 1999

5 Plan estratégico para la Regeneración y el Desarrollo Histórico Integral del Centro Histórico de la Ciudad de México. Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México; 1998, p.32

6 Municipio de Quito. (1990). Centro Histórico de Quito. Sociedad y Espacio Urbano, p.148.

La densidad poblacional puede parecer relativamente baja si se toma en cuenta el número de habitantes con relación al total del área protegida. Está en el orden de los 200 habitantes por hectárea en centros con alta población (Quito, Ciudad de México) y puede bajar a cifras de no más de 35 Hab./Ha., como en el caso de La Candelaria en Santafé de Bogotá⁷. Sin embargo, estas cifras son engañosas, pues generalmente el área de viviendas ocupa solo algunas pocas manzanas del sector protegido, estando éstas altamente tugurizadas y con índices de densidad verdaderamente alarmantes.

En este proceso, pocos son los barrios tradicionales que han logrado mantener alguna identidad con su pasado. El proceso de migración y cambio poblacional ha dejado en las pocas familias tradicionales que allí permanecen el nostálgico y paralizante sabor de lo perdido. No por eso dejan de tener estos espacios urbanos carácter propio y diferenciado, claramente marcados por las nuevas identidades construidas por los migrantes con más de una generación en el lugar. Así, en muchos centros históricos, los barrios se identifican más con el origen regional o étnico de los nuevos pobladores que con las tradiciones del mismo espacio urbano en el pasado. Esa presencia, muchas veces, es desestimada en la realidad del sector y sus planes, como en el caso de Quito donde un 25 por ciento de la población del centro histórico es indígena, sin que ello se asuma como parte de la nueva realidad del centro⁸.

Los pobladores generalmente no se reconocen como parte del llamado 'centro histórico' ni de sus problemas. El centro histórico para ellos no va más allá de las cuatro manzanas que rodean la plaza mayor y la catedral, espacio del cual se sienten excluidos. Las autoridades locales representan, generalmente, los intereses externos al sector y solo ven a los pobladores como recurso numérico en el momento del voto en tiempos electorales.

Asumir la nueva realidad socioeconómica del centro histórico y su multiculturalidad es el primer paso para toda nueva propuesta de acción sostenible. Los discursos ahora son múltiples, y no exclusivamente centrados en los valores tradicionales que el resto de los ciudadanos identifican como parte de este espacio. Puede estar en esta riqueza cultural la oportunidad de recrear una nueva vitalidad colectiva. Bien afirmaba recientemente Federico Mayor que "la ciudad del siglo XXI solo será un espacio de solidaridad, una suma de ciudadanos, si acepta la multiplicidad de culturas y se convierte en un vector de tolerancia y pluralismo cultural. La diversidad cultural es infinitamente más importante que la biodiversidad. La cultura es nuestra diversidad creativa"⁹.

Buscar canales de participación es el primer reto. Sea a través de mecanismos tradicionales, tales como asociaciones barriales, sea mediante nuevas estructuras nacidas de la propia dinámica social (agrupaciones étnicas, religiosas, deportivas, etc.). Ofrecer condiciones de vivienda y calidad de vida dignas es condición esencial para la construcción de

7 Cifras tomadas de los documentos de cada una de estas ciudades indicadas en la bibliografía

8 Datos correspondientes al censo de 1990.

9 Federico Mayor Zaragoza, *La Educación encierra un Tesoro*. En UNESCO, *Democracia y ciudadanía*, Madrid 1996; p. 33

una ciudadanía participativa, e indudablemente no serán las dinámicas del mercado las que ayuden a ello. Si bien es conveniente lograr un centro histórico socialmente heterogéneo, debemos asegurar mecanismos que impidan la expulsión de los actuales habitantes. Contar con reservas públicas de lotes e inmuebles para generar políticas de vivienda mínima subsidiada, programas de rehabilitación progresiva mediante la regularización legal de las ocupaciones, programas de vivienda en alquiler, entre otros mecanismos pueden asegurar un proceso dinámico de estabilización social.

En la actualidad, no existen movimientos sociales que tengan a los centros históricos como motivación, como desafío colectivo. Establecer vínculos entre las nuevas poblaciones y la herencia patrimonial es una necesidad urgente. Es necesario diseñar programas de apropiación cultural que permitan la construcción de los nuevos discursos, que incorporen a la identidad 'viva' algunos de los valores en proceso de desaparición dentro de su propia lógica cultural. Igualmente, se requiere la adecuación física y social para que este espacio urbano constituya un entorno adecuado para los jóvenes, las mujeres, los niños y los ancianos, comúnmente tratados como parias en este patrimonial recinto. Se trata de aceptar la necesidad de participar colectivamente en la construcción de nuevos imaginarios y estimular procesos que apunten al fortalecimiento del tejido social, evitando en lo posible la expulsión o exclusión social¹⁰.

El centro histórico es uno de los espacios de la ciudad con clara potencialidad democrática. E. Kingman señala claramente esta complejidad creciente: "América Latina continúa siendo un lugar muy rico de expresión de la diversidad, pero ésta se mani-

fiesta hoy más que nunca bajo la forma de identidades dinámicas, cambiantes y sujetas a las más diversas influencias"¹¹. El 'centro histórico' adquirirá de esta manera un sentido de espacio colectivo, contemporáneo y abierto, jugando un papel fundamental en los procesos de cambio requeridos en la cultura, la estructura política y las nuevas formas de participación tan requeridas por las jóvenes democracias latinoamericanas.

¿Y dónde dejamos a los trashumantes?

La nueva ciudad, es decir la ciudad construida en los últimos 50 años, ocupa un área entre 50 y 100 veces superior a la del sector llamado 'centro histórico', mientras que la población total de la ciudad es cuando mínimo unas 30 veces superior a la que aún habita en ese limitado espacio urbano protegido¹². Es una ciudad socialmente segregada, con pocos espacios de interacción entre los distintos grupos y clases sociales, curiosamente siendo uno de los pocos compartidos eso que llamamos 'centro histórico'. Buena parte de esa población considera

10 Este es uno de los planteamientos del Plan Estratégico de Ciudad de México: "Reinsertar estos antiguos barrios (Sta. María Cuepopan; San Sebastián Atzacolco; San Juan Moyotla; San Pablo Zoquipa)... dentro de la estructura urbana del Centro Histórico actual, es entonces una tarea estratégica que permitirá rescatar la riqueza de la heterogeneidad socioeconómica y cultural que caracterizaba la antigua Ciudad de México, sobre la base de la pluralidad, tanto de sus funciones y de sus usos, como de su población residente". (op. cit.: 16)

11 T. Salman y E. Kingman, *Antigua Modernidad y Memorias del Presente*, Quito: FLACSO, 1999, p. 43

12 Las proporciones varían sin que dejen de ser significativas. El área poblada de ciudad de México es 130 veces el área del "centro histórico" y su población es 100 veces superior, llegando a extremos como Bogotá, donde la población total es casi 1.500 veces mayor que los habitantes permanentes del área protegida.

el espacio urbano del 'centro' como extraño, cuando no ajeno y peligroso, pues difiere significativamente de lo estético y lo social de su entorno regular. Sin embargo acude a ese 'centro' pues allí permanecen, como reductos componentes del poder, lugar de trámites burocráticos, además de comulgar desde pequeño con sus iconos edificados, los cuales cultiva como elementos de identidad. Otra parte de la ciudadanía ve en ese 'centro' la oportunidad de acceder a bienes y servicios que no encuentra en su marginal entorno, sin que encuentre en él ningún otro significado vital.

Esta dinámica genera altas tensiones en el uso del centro. De lugares ampliamente concurridos de día, se pasa a la casi completa desolación en horas nocturnas. El caso del sector histórico de La Candelaria en Bogotá es un ejemplo de ello. En el día, más de medio millón de personas se trasladan a este sector urbano para distintos fines, quedando apenas unos 4.500 residentes en la noche en el área protegida. La mayor parte de los visitantes ignora las virtudes del espacio construido y sus ofertas culturales, aun cuando diariamente acuden a este espacio. La concentración de servicios públicos, educativos y de salud es una de las causas, tal como sucede con las numerosas escuelas existentes en el centro de Quito o las más de catorce universidades que funcionan en el histórico barrio de La Candelaria en Santafé de Bogotá. Este exceso de carga afecta la sostenibilidad de la calidad de vida del espacio urbano. La contaminación, la inseguridad, la generación de basuras, sobrepasa la capacidad municipal tanto en lo financiero como en la atención de servicios públicos, por las difíciles condiciones que impone la estrecha e histórica trama urbana. Es necesario establecer mecanismos de planificación que permitan desarrollar, con criterios adecuados e

indicadores de gestión y que faciliten el seguimiento, capacidades de carga de la población flotante, sin que ello ponga en riesgo la heterogeneidad funcional tradicional del centro histórico.

La participación comprometida de esta importante masa crítica es de vital importancia para la sustentación del centro histórico. Para ello deben promoverse rutas de recorrido; programas de visitas a espacios no convencionales del sector; actividades especiales de recreación y consumo que relacionen a esta población flotante con el patrimonio. Los programas de conciertos cortos realizados por la Alcaldía de Caracas, conjuntamente con en el Museo Sacro, acompañados de una especial oferta alimenticia en horas de medio día, ha cambiado sustancialmente la opinión de buena parte de altos funcionarios, diputados, banqueros, en lo que respecta a los planes de conservación de este sector histórico de la capital venezolana. Otra experiencia significativa en este sentido son los servicios de información y recorrido que prestan a los ciudadanos el grupo de turismo de la Policía Metropolitana de Quito.

Promover la participación privada apuntando a la renovación de los servicios de intercambio (banca-comercio), así como los de entretenimiento (cines, teatros, cafeterías), generando una oferta múltiple, tanto en productos como en precios, debe ser parte de cualquier programa de revitalización, para lograr un centro histórico vivo, socialmente heterogéneo, patrimonialmente activado, económicamente dinámico, que juegue un papel fundamental dentro de un equilibrio urbano metropolitano.



Zona peatonal en el centro histórico de Quito

La imagen diaria del deterioro

Basura, inseguridad, indigentes, niños de la calle, prostitución, vendedores ambulantes. Es esta la otra cara de la moneda que muestran muchos de nuestros centros históricos y el mayor dolor de cabeza de sus administradores.

Debemos asumir que buena parte de esta realidad social es causada por dos factores básicos, uno ajeno a la dinámica de los centros históricos y otro inherente a ellos. El primero es de orden estructural y está relacionado con la crítica realidad económica de casi todos los países de la región. El empleo formal, estructurador de relaciones urbanas, de expectativas de movilización social, de mejoramiento de la calidad de vida individual, ha venido disminu-

yendo en forma constante en muchos países. Los cambios macroeconómicos han acelerado los procesos de ruptura de las pequeñas empresas y ocupaciones tradicionales, aumentando el subempleo a niveles superiores al 50 por ciento de la población económicamente activa en muchos de nuestros países. Las ciudades ofrecen nichos de supervivencia, pues acumulan las oportunidades de trabajo ocasional, en particular alrededor de los sitios de intercambio de bienes, servicios y transporte. El centro histórico es uno de los espacios preferenciales.

El segundo de los factores ha sido el abandono real, no legal ni formal, que el centro histórico ha tenido por parte de sus administradores y propietarios. Siendo el espacio más regulado, normalizado y reglamentado de la ciudad, se convirtió durante más de dos décadas en tierra de nadie. Allí estaban dadas todas las oportunidades para las acciones irregulares, para los permisos 'provisionales' de actividades no permitidas, para la compra de votos. Los espacios de atención social tradicionales, sostenidos por la caridad pública o la Iglesia fueron perdiendo la capacidad de atención ante el crecimiento desbordado de nuevos habitantes, a tiempo que las políticas sociales del Estado eran dirigidas a los nuevos barrios periféricos. La presencia de terminales terrestres de transporte y hoteles de paso en edificaciones ruinosas abrían espacios para la prostitución de bajo costo¹³. Cantinas, espacios para distribución de drogas y mendicidad, completan el patético cuadro.

¹³ Un servicio sexual en los prostíbulos de la calle Loja, en el Centro Histórico de Quito, tiene como costo 1,5Us.\$. Cada trabajadora sexual atiende a un promedio de 35 clientes por día. 'La 24 de Mayo'. El Comercio. Quito. 15 de septiembre de 1999.

La solución parecería estar en acciones concertadas, dejando de lado protagonismos coyunturales. El municipio, con apoyo de programas del gobierno central y de organismos internacionales, conjuntamente con organizaciones religiosas, barriales y ONG están gestando programas bastante atractivos al trabajar los problemas desde abajo y con abierta participación de los afectados y la población local. El trabajo realizado por la brigada callejera de apoyo a la mujer en Ciudad de México, o el Centro de Desarrollo Integral Casa de las Tres Manueles en Quito, apuntan a dar espacio a una nueva interacción con el problema, orientado a la participación integral del afectado, totalmente distanciado conceptualmente del tradicional servicio de caridad o de la visión represiva.

El comercio ambulante es el mayor enemigo de los planes de rehabilitación a corto plazo (contradictoriamente es la única tradición cultural que ha estado presente en las calles de muchos 'centros históricos' desde tiempos prehispánicos). Actualmente, se convierte en la única opción honrada de trabajo para buena parte de los ciudadanos. En un principio relacionado con la ocupación temporal de las aceras en las inmediaciones de los mercados centrales de abastos, la ocupación pasó paulatinamente de temporal a permanente, estirando sus tentáculos hasta convertirse en un verdadero cáncer que ahoga la dinámica de los espacios públicos del centro histórico, haciendo casi desaparecer en la práctica plazas y calles enteras de la trama urbana. El centro de Lima fue hasta hace poco el ejemplo más dramático de este proceso, llegando a impedir por completo la circulación vehicular en varias de las vías principales del área¹⁴. Los vendedores ambulantes son las primeras víctimas de la inseguridad del lugar, asumiendo muchas veces actitudes pasivas a fin de asegurar

su permanencia en ese espacio; ello da lugar a la compra de protección a bandas locales, generalmente bajo presión. Son asediados por los prestamistas, por los mayoristas de bienes, por los funcionarios públicos corruptos, cuando no víctimas del propio comercio formal, quien los utiliza como medio de distribución de sus productos, pagando solo porcentajes ínfimos al expendedor callejero. Las edificaciones históricas del sector son utilizadas como bodegas, incorporando muchas veces cargas excesivas a sus deterioradas estructuras o aumentando el riesgo de siniestros como los incendios. Es un proceso complejo, con múltiples determinantes, cuya solución no es sencilla, ni de corto plazo.

El éxito político de las acciones realizadas en Lima, con plazos cerrados de salida de los ambulantes a lugares de venta en la periferia del sector histórico, se logró solo con el apoyo represivo de la policía. Ello ha demostrado a los políticos el interés de la ciudadanía en rescatar los espacios públicos del centro aun usando la fuerza. Esta acción se ha traducido en una rápida reactivación del comercio formal en algunos sectores, lo cual apunta a un interés económico capitalizable en votos. En México se han regulado los productos y espacios de ocupación, sin demasiado éxito. En Quito durante más de un año se adelantan negociaciones con las asociaciones de ambulantes, con un alto costo en adecuación de infraestructura comercial por parte de la Alcaldía en el interior del área protegida.

¹⁴ Ver Guerrero, Elsie, La experiencia de reubicación del comercio callejero del centro histórico de Lima, en Prorrúa. (1999). *Lima: Gestión y Ciudadanía*. Ponencias del seminario internacional.

La alternativa de 'mercados populares' es una solución parcial, pues buena parte de la venta se produce por la circulación aleatoria del cliente potencial, que compra lo que ve al paso. Por otra parte, esta solución requiere de la presencia policial en forma permanente, pues el espacio público tenderá a corto plazo a ser ocupado nuevamente por otros subempleados que se enfrentarán a la fuerza pública las veces que sea necesario.

Quizá la medida más adecuada apunte hacia el desarrollo de la solución planteada en Ciudad de México, con mayor participación de asociaciones de ambulantes en cada sector; con un mayor apoyo de las entidades administrativas municipales; con actores conscientes de su rol en el centro histórico, que participen activamente en el control ciudadano de los espacios que ocupan, tanto en la seguridad como en la higiene. Nos preguntamos: ¿Por qué la versión ideal es el desalojo total, cuando hasta en los nuevos *mall* comerciales encontramos pequeños puestos de venta atravesados en los espacios de circulación? Si bien las altas densidades de comercio en la vía pública son insostenibles, igualmente insostenible es la utopía de su erradicación total.

Del monumento sacralizado al destino globalizado

No podemos dejar de mencionar a un nuevo actor, inevitable en todos los nuevos discursos sobre los centros históricos: el turista¹⁵. Hasta hace muy poco

tiempo, todo discurso de recuperación de los centros históricos basaba su validez social en el rescate de la memoria y en la preservación de los monumentos, como soporte fundamental de la identidad nacional o local. Ello dio lugar a un enclave urbano cargado de un discurso erudito, historizante, cultural, socialmente sectario y por lo general, bastante aburrido.

La situación ha cambiado radicalmente en pocos años. Por una parte, el patrimonio se inserta dentro de la dinámica de globalización, tanto en su valoración cultural, como en su potencial económico. En el primero de los casos, la Convención de Patrimonio Mundial auspiciada por UNESCO ha inscrito en la Lista de Patrimonio Mundial, 502 sitios con valor cultural, estableciendo criterios de conservación que enfatizan la integridad de los valores patrimoniales, tangibles e intangibles y dando especial papel a lo que dichos espacios significan para la memoria y el mejoramiento de la calidad de vida de toda la humanidad¹⁶. Esta acción ha ampliado los discursos, las propuestas de intervención, la información y las fuentes de recursos técnicos y materiales en lo que a conservación del patrimonio se refiere.

El segundo agente globalizador es el turismo, de alto interés económico dado su continuo crecimiento en el ámbito mundial y regional, su aporte en divisas y su dinámica creación de empleos a muy distinto nivel. Indudablemente, los centros históricos están en la mira, tanto de las empresas de turismo internacional que organizan nuevos destinos, así como de los gobiernos nacionales y locales, por lo que ello significa como alternativa de nuevos ingresos.

15 Para ampliar el tema se recomienda consultar la ponencia Centros Históricos y turismo en América Latina. Una polémica de fin de siglo. Ciro Caraballo. Seminario Cultura y Gestión en Centros Históricos. FLACSO. Ecuador. 1999.

16 La Convención de Patrimonio Mundial se estableció en 1972, formando parte de ella 156 Estados miembros, habiéndose incluido en la Lista hasta este año 630 lugares en el ámbito mundial, por su valor cultural, natural o mixto.



Miguel Bruma

Interior de un patio colonial quiteño

Las inversiones turísticas en centros históricos deben ser analizadas cuidadosamente, evitando la aplicación de imágenes estereotipadas, de interés coyuntural, que pongan en riesgo la conservación del patrimonio integral a largo plazo. Igualmente deben evitarse políticas públicas que en un afán inmediateista de asegurar una visión 'civilizada' del destino turístico, promuevan acciones restrictivas o represivas en el uso de los espacios públicos por parte de la población o promuevan acciones de expulsión social.

El turista promedio poco aporta económicamente al espacio urbano patrimonial. El visitante se aloja, se alimenta, adquiere bienes y servicios en la 'otra ciudad'. En corta visita se traslada al espacio histórico donde recorre algún monumento o museo, para luego regresar rápidamente a aquel entorno urbano contemporáneo, el cual le es más familiar. Las

causas más frecuentes de esta falta de activación económica está en la inexistencia de 'productos turísticos especializados', así como la falta de una diversificación de la oferta para captar distintos intereses. Ello impide que el turista acceda a la oferta real de servicios y bienes culturales presentes en el lugar. La constitución de redes de museos, artesanos y empresas de servicios de los centros históricos es esencial para ofrecer alternativas de interés al turista individual. El caso de la Red de Museos y Empresas de servicios creada recientemente en Quito, con la participación de la Iglesia, museos públicos y privados, artesanos, restaurantes y hoteles del centro histórico, es una experiencia piloto que debe ser observada con interés¹⁷.

¹⁷ Ver oferta conjunta de servicios en Editur Latinoamericana. Revista profesional del Turismo. No. 51. Noviembre 1999

Promocionar la puesta en valor y la interpretación de espacios no convencionales es otra opción, tal como sucede con los cementerios patrimoniales, los cuales hasta ahora no han formado parte de la oferta de recorridos históricos del centro. Tal ha sido el caso de la recuperación de los cementerios de Lafayette en Nueva Orleans, hoy uno de sus principales atractivos, así como la organización de recorridos en el Cementerio Colón de La Habana o en el Presbítero Maestro en Lima.

Los esfuerzos deberán estar orientados al desarrollo de las llamadas 'industrias culturales', aprovechando el enorme capital existente, fruto de la rica herencia multicultural de la región. El desarrollo de la industria cultural de la música y el espectáculo musical a partir de la herencia africana tanto en Salvador de Bahía como en Cuba, han significado una palanca en el desarrollo de nuevas ofertas culturales dentro de estos centros históricos.

El turismo tiene un lugar dentro del proceso de revitalización de los centros históricos de la región, pero en ningún caso debe apropiarse del papel protagonista¹⁸.

Epílogo

La sustentabilidad de los centros históricos debe comenzar por asegurar la disminución de los protagonismos conyunturales, tanto de instituciones públicas como de políticos, eruditos o de agencias internacionales. Es necesario a toda costa evitar accio-

18 La discusión sobre turismo y ciudades históricas ha ganado en poco tiempo importantes foros de discusión a partir de las experiencias acumuladas. En este sentido se recomienda revisar: UNESCO, *Turismo Cultural en América Latina y el Caribe*. Ponencias del Encuentro Internacional de La Habana, 1996, Edición de UNESCO, 1997.

nes inmediatistas que juegan más al efecto a corto plazo que a la consolidación de una dinámica urbana heterogénea en lo económico, lo social y lo cultural. Un centro histórico debe asumirse con una visión de gestión de clara mirada de futuro y nunca cargada de nostalgia por el pasado.

Para asegurar un proceso sostenido de mejoramiento de los centros históricos es necesario establecer planes estratégicos de desarrollo integral de mediano y largo alcance, que busquen la mayor participación posible de los distintos actores sociales presentes, atendiendo sus visiones e intereses. Estos planes deben ser gestionados a través de organismos que sobrepasen el área política controlada por el gobierno municipal de turno, a fin de evitar las típicas situaciones de 'auge y caída' de programas, al relacionarse éstos con partidos, grupos o funcionarios específicos. Estos entes de programación de políticas deberán abrir espacios participativos a los distintos actores públicos y privados que actúan en el área protegida; deben establecer políticas que orienten y faciliten la coordinación de acciones entre instituciones públicas y el sector privado. Sus programas deben estar orientados no solo al tema de valoración y conservación del patrimonio edificado, a los bienes muebles o al patrimonio intangible, sino fundamentalmente enfocados a rescatar, mantener y auspiciar en el sector una dinámica socioeconómica sostenible y heterogénea¹⁹.

19 En Lima se elaboró en 1997b el Plan Maestro del Cercado de Lima y del área Central de la ciudad, donde, luego de discusiones intersectoriales e intergubernamentales, se buscó establecer un conjunto de prioridades que permitieran un desarrollo del área central sostenible e integral. Por otra parte, el documento de trabajo titulado Plan estratégico para la Regeneración y el Desarrollo Histórico Integral del Centro Histórico de la Ciudad de México ejemplifica esta tendencia. En este caso el documento fue preparado por el Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México en 1998, apunta a este fin, haciendo énfasis en cuatro estrategias de actuación: el rescate de la centralidad; la regeneración habitacional; el desarrollo económico y el desarrollo social.